

## **VII Domingo del Tiempo Ordinario (20-02-22)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Muy queridos hermanos y hermanas, el Señor nos ha ido preparando en estos domingos, a través de la liturgia, para manifestarnos que su amor es gratuito y se inaugura en nuestra historia con Él, el año, el tiempo, el ciclo histórico de la Gracia del Señor. Y la Gracia del Señor vivida históricamente desde ya, hace poco más de 20 siglos, significa que, la venida de Jesús ha introducido una manera de ser en el ser humano correspondiente a la creación de Dios y, sobre todo, correspondiente a la recreación que Jesús hace de nosotros por medio del amor gratuito. Y así como al inicio le mostró a Pedro esa generosidad cuando él arriesga “remar mar adentro” y “echar las redes”, y viene una abundancia de peces que él no podía calcular; así, como luego, el Señor anuncia las Bienaventuranzas, la gracia y la dicha para los últimos de la tierra, para darles esperanza de que Dios está con ellos; y así, como también, ha manifestado que forma a doce discípulos para que sean testigos, y con eso, inicia la asociación de todos nosotros a aprender a ser discípulos y misioneros; así, hoy día también, nos hace la primera instrucción en nuestra misión fundamental.

Esa misión fundamental es la de todos los cristianos, de toda la Iglesia, de todos los católicos: la misión de amar sin medida, amar en forma generosa y total, incluso al enemigo. Y por eso, el Evangelio de Lucas (6, 27-38) tiene una importancia muy grande porque señala, claramente, la novedad de nuestra misión como Iglesia en todo el mundo, mucho más en los tiempos difíciles que vivimos hoy día, en que la violencia se apodera no solo de nuestro país, sino de diversas partes del mundo, como estamos viendo en este momento con el país de Ucrania. Y así también, en diversas situaciones diarias, como la violencia que se siente en las calles, los asaltos, la violencia inclusive que vivimos desesperadamente en la sociedad, en la política, en la economía, en diversos ambientes que necesitan, de nuestra parte, ser evangelizados. Esto no significa que todo el mundo sea católico, sino que reciba el anuncio de que es posible, en el ser humano, un camino de amor, de servicio y de entrega generosa, que solamente

se puede enseñar generosamente, porque es difícil que podamos enseñar nosotros el amor usando violencia.

Había un famoso chiste de Mafalda en donde ve, en la esquina, a una señora que ve llorar a su hijita y le pega una bofetada diciéndole “¡Paz!”. Y Mafalda responde: “Alegórica la señora ¿no?” Porque no se puede anunciar la paz a cachetadas, al contrario, Jesús, que recibió una bofetada y vivió lo que significaba el tener que amar gratuitamente a pesar de que a uno lo pueden odiar, Él supo también hacer una reacción suficiente para poder soportar la situación, pero también, para anunciar el Evangelio y el llamado a cambiar y a mejorar.

A veces algunas personas piensan que el texto de hoy es un llamado a la resignación: “Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, oren por todos los que los injurien... si te pegan en una mejilla presenta la otra, el que te quite el manto déjale también la túnica... a quien te pide dale, al que se lleve lo tuyo no se lo reclames”. ¿Qué está detrás de este texto? ¿Está la resignación? ¿La pasividad? ¿O está una sutil forma, activa y pacífica, de enseñar con gestos concretos?

Hoy día el Santo Padre, en el balcón de San Pedro, ha dicho que poner la otra mejilla no significa sufrir en silencio, ceder a la injusticia. El Papa recordó como Jesús respondió a la bofetada que le propino el guardia del sumo sacerdote, y si bien no pone la otra mejilla, el Señor pone la Palabra. Por eso le dice: “Si he pecado, dime en qué, y si no ¿Por qué me pegas?” (Jn 18, 22-23). Esto quiere decir que cuando nosotros vivimos situaciones de violencia, podemos tener gestos y palabras adecuadas para interrogar y hacer pensar a las personas, para que recapaciten. Por eso el Papa dice en su reflexión de hoy que “Jesús, con su pregunta, denuncia lo que es injusto. Pero lo hace sin ira, sin violencia, es más, con gentileza. No quiere desencadenar una discusión, sino desactivar el rencor”.

En una humanidad donde, por determinadas razones, ha bajado mucho la formación moral, la formación ética, donde todos actuamos por el instinto, por el interés y la ambición; en un mundo enormemente corrupto, en donde las mafias se apoderan de la vida de los países y de los pueblos, en donde existe corrupción y corrosión de instituciones, en donde hay una desenfrenada actitud de dominar, en donde hay millones de víctimas marginadas, como ustedes

hermanos de San Egidio comprenden, muchos de ustedes que viven en la calle es porque, poco a poco, ha habido indiferencia en ciertas familias y los han abandonado.

La misma sociedad no tiene lugares para ustedes, no basta que se haya hecho un lugar de acogida a algunos, tendríamos que multiplicarlos en miles en el conjunto de la sociedad, para responder a la exigencia de acordarnos de ustedes. Y ustedes, hermanos de San Egidio, van en esta línea: el responder con la iniciativa amorosa y generosa, solidaria, de acoger dentro de la situación difícil a quien sufre, pero también con ese gesto, interpelar a quien disfruta y se olvida de los demás, o a quien inclusive ejerce la marginación como el caso del maltrato de la mujer, como en el caso de la violencia que se ejerce contra tantas mujeres muertas y tantas personas abandonadas que hay en el mundo y en nuestro país.

Por eso, hermanos y hermanas, hoy día es un día precioso para dejarnos aconsejar, dejarnos educar por el Señor como discípulos. Todos tenemos que aprender a ser “desviolentadores” de nuestra sociedad, tenemos que intentar, en distintos ambientes, en distintas zonas humanas, tanto de grupos como de personas individuales, en familias, en nuestros barrios, ayudarnos mutuamente a disminuir esa violencia a través de gestos de iniciativa que permitan neutralizar y hacer comprender.

Lo que nos pide el Señor es, sobre todo, la capacidad de comprensión inclusive del mismo enemigo que está enredado en su violencia, que está enredado en sus intereses, y que requiere de gestos y de palabras que los ayuden a interpelar. A veces también, y en la historia de nuestra tradición cristiana existen, interpela no solamente un gesto o una palabra, sino la misma vida y muerte de la víctima. Hoy día hay tantas víctimas cuyos rostros no han desaparecido de nuestras mentes. Si ahora, por ejemplo, recordamos a todas las víctimas de esta Pandemia que ha sido producto de una naturaleza dañada, pero que, prácticamente, no tiene razón culpable, al parecer, su existencia, como no vamos a recordar a las víctimas producto de algo mucho más grave como el desarrollo de la injusticia en diversas partes de nuestras sociedades, como las marginaciones, producto de las ambiciones y los maltratos.

¿Qué hacemos? ¿Respondemos mal con mal? ¿Acentuamos y desarrollamos más la violencia? Eso lo pensaron muchos en nuestra

propia historia, y el resultado fue más violencia, porque la violencia genera mucha más violencia todavía. ¿Cómo “desviolentar”, a través de iniciativas generosas, como las que ha comenzado esta semana Resucita Perú Ahora, Cáritas Perú y Cáritas Lima, para ayudar a más de 6 mil familias de pescadores que han quedado abandonadas?. Hay que tomar iniciativas, nosotros no podemos agarrar y decir solamente: “Ante esa situación, recemos por ellos” ¡Y listo! Nada más. ¡No! “A Dios rogando y con el mazo dando”, como dice un viejo refrán.

Hoy día estamos especialmente llamados a aprender a hacer estas iniciativas en todos los lugares donde estamos, en todas las relaciones humanas que hacen posible que, aquella persona que es culpable de un delito violento de acción permanente y de enemistad permanente, pueda “desactivarse”. Es cierto que hay cinismo en la sociedad, es cierto que, inclusive, después de un acto agresivo y violento, el violento dice: “¡Ah! Gané. Los derroté, porque conseguí lo que quería”. ¿Consiguió lo que quería? Porque detrás de quien actúa de esa manera, en lo profundo de su ser, hay una especie de ambición de felicidad ¿Se puede tener felicidad a costa de las víctimas? ¿Puede una persona permanecer feliz? ¿O en realidad empieza el camino del enredo? Ese triunfo aparente ¿Acaso no se convierte después en una ruina y en un infierno?

Ayudemos a nuestros hermanos a entender que no se puede vivir así, y por lo tanto, tenemos que resolver juntos un problema grande: el problema de convertir con amistad, con cariño, entrañablemente, la violencia en nuestra sociedad en una situación de paz y de solidaridad. Ese desafío, sobre todo, lo tenemos los creyentes, porque si esto sucede no solamente es porque la gente siempre tiende al pecado, sino por algo más serio: porque hemos sido cristianos pasivos y no hemos anunciado el Evangelio.

Pongámonos la mano en el pecho todos. No hay suficiente evangelización, hay costumbres católicas, costumbres cristianas, pero hay una deficiente presencia de nuestra palabra y de nuestro testimonio en el corazón de la vida de la gente. Por eso es que los católicos estamos disminuyendo. Hace años éramos 92% en todo el país ¿Cuántos somos ahora en el Perú? Aproximadamente 75%, y vamos a más abajo si es que no hay evangelización, pero si anunciamos el Evangelio con alegría, vamos a ver cómo la gente

tiene alegría en esta Iglesia y puede empezar un camino nuevo. Porque cuando hay alegría, amistad, cariño, ternura - como se ha cantado en el salmo - nosotros entramos en un camino irreversible de amistad, y no solamente amistad personal, sino amistad también social como quiere el Papa Francisco.

Por eso, hermanos y hermanas, estamos llamados a esto que hoy día el Evangelio llama la compasión ¿Qué cosa es la compasión? Es compadecer, padecer con alguien que está sufriendo. También está sufriendo el que maltrata, el que violenta, el que ambiciona y el que destruye, también. Pero entonces hay que mostrar esa compasión de diversas maneras, con palabras o sin palabras, con gestos o con una actitud que permita no responder mal con mal.

Tenemos que desactivar el mal con gestos de bien que permiten que la persona se pregunte: ¿Por qué he hecho esa tontería? Y así, abrir a la persona a rectificar el camino que ha hecho. No puede ser que uno tenga ciertos planes, haga lo que quiera y quede muy triunfante. No va quedar triunfante, porque quedará eso que llamamos el remordimiento. Es verdad que, en los últimos años, la sociedad se ha encargado de hacer que a uno ya no le venga remordimiento, porque hay una serie de justificaciones argumentadas a través de la lógica, de la rapidez, de lo digital, que ya no nos permite pensar que no existen problemas. Cada vez es peor, porque la “procesión va por dentro”, y nosotros los cristianos, los católicos, somos llamados justamente a que la “procesión no vaya por dentro”, sino que salga afuera y la persona encuentre caminos para felicidad personal y social.

Por eso hoy día, hermanos y hermanas, aprendamos a perdonar. No solamente perdonemos, aprendamos a perdonar eficazmente para que las personas cambien. El perdón, sin una reflexión sobre la posibilidad de asistir a aquel que ha hecho mal, es una especie de “borrón y cuenta nueva” que no aclara en qué consistió el problema.

Los peruanos estamos muy habituados a no afrontar nuestros límites, nos evadimos muy fácilmente. Y en eso consiste la falta de educación que hemos tenido en estos últimos 30 años: no mirar cara a cara a nuestra realidad. Pero el Señor nos invita a eso: “Si he pecado, dime en qué y si no porque me pegas”. Y así entrar en nosotros. Tenemos nosotros, todos, toda la comunidad cristiana, laicos, sacerdotes, obispos, religiosos, religiosas, a ser posible un proceso de

conversación mutua de nuestros problemas para aclararlos y enfrentarlos con una claridad muy grande, también con exigencia profunda. Y una cosa muy importante: el Señor en la Cruz, finalmente, se puso en silencio; y la imagen del Cristo Crucificado nos sigue llamando. Si el Señor está en la Cruz, como nos dijo el Papa en la Carta por el Mes Morado, no es por la fuerza de los clavos, sino por la infinita misericordia que el Padre le tiene a la humanidad, que no responde con venganza, sino porque es nuestro Padre que quiere irradiar el amor gratuito para toda la humanidad.

Ahí está esperando nuestro Señor de los Milagros, a que se produzca el milagro de que nuestra sociedad sea una sociedad verdaderamente humana y justa. Y por eso, requiere de todos nosotros para anunciarlo, porque nos está esperando para rectificar, para restituir, para devolver a los humanos la dignidad que tienen, y renunciar a aquello que destruye nuestra humanidad y dignidad.

Gracias hermanos y San Egidio, que nos muestran cada día, cada noche cuando van a acompañar a los hermanos de la calle. Y ahora que tendrán en unos meses, la Iglesia de San Lázaro, será ya el signo de que el Señor también, así como en Roma que está en el Trastévere, ustedes estarán en el “Tras-Rímac”, y haremos posible una comunidad viva que, en los orígenes de la ciudad de Lima, era algo así como “La Betania”, que significa “la casa de los pobres” que entre en la ciudad, remece y dignifica, hace renacer a una nueva vida a la ciudad de Lima.

Dios los bendiga, y gracias también Señor Embajador por apoyar esta tarea, esta misión que tienen la comunidad de San Egidio, que como ustedes saben, en diversas partes del mundo, también hacen una forma de diplomacia. Usted es diplomático, y ellos tienen una diplomacia de base. Como tienen amigos en todas partes del mundo, tratan de hacer posible que ahí, donde hay guerra, puede haber paz. ¡Y lo han conseguido varias veces!

Que Dios los bendiga y los acompañe. Vamos agradecerles a ellos en la oración para seguir caminando el camino de la Iglesia de Lima.